

ASENSI PÉREZ, Manuel, *Historia de la teoría de la literatura (el siglo XX hasta los años 70)*, Valencia, Tirant lo Blanch, 2003, 693 pp.

Hace un par de años, en una de mis visitas periódicas a la extraordinaria biblioteca del Instituto de la Lengua Española del CSIC en Madrid, no dejaba de preguntarme por el sentido que tiene dedicarse a la filología en el marco de la sociedad actual, cuando de repente me topé con una cita de Nietzsche que me resultó fascinante: «La palabra ‘filólogo’ designa a quien domina tanto el arte de leer con lentitud que acaba escribiendo también con lentitud... la filología es un arte respetable, que exige a quienes la admiran que se mantengan al margen, que se tomen tiempo, que se vuelvan silenciosos y pausados; un arte de orfebrería, una pericia propia de un orfebre de la palabra». Poco tiempo después encontraba esa misma cita en uno de los trabajos de Manuel Asensi, y mientras curioseaba otros de sus textos reconocía en ellos al orfebre nietzscheano. Después de este encuentro he dividido mis lecturas de crítica y teoría literaria en aquellas que considero trabajo de orfebrería y las que no lo son. Las primeras nacen de un acto de amor hacia una profesión cada día más compleja de ejercer, las segundas están motivadas por diversos intereses.

Ahora tengo delante de mí este segundo volumen de *Historia de la teoría literaria*, junto con la responsabilidad de reseñarlo para la *Revista de Literatura*, son muchas las cosas que podrían decirse de un trabajo de tal inmensidad y tal intensidad, y me resulta muy complejo

enfrentarme a esta tarea. Me pregunto qué valor tiene escribir una reseña y en este contexto encuentro una respuesta muy sencilla, al tiempo que inmensamente difícil: invitar a leer con lentitud.

En 1998 la editorial Tirant lo Blanch de Valencia publicaba una *Historia de la teoría de la literatura (desde los inicios hasta el siglo XIX)*, que apuntaba hacia una forma nada convencional de entender la tarea de escribir una «historia», un «manual», si se quiere, de algo como la «teoría literaria», aunque el texto superaba con creces esta misión. Con un profundo sentido de la autorreflexividad y la autocrítica, el libro de Asensi se interrogaba a sí mismo sobre el sentido de su *hacer(se)*, mientras convertía en uno de sus objetivos fundamentales la tarea de problematizar su objeto de estudio y las categorías que para hablar de él manejaba: «Esta ‘historia’ de la ‘teoría de la literatura’ se contentaría con demostrar la falta de estabilidad que caracteriza a conceptos tales como ‘poética’, ‘teoría literaria’, ‘literatura’, ‘estética’ y otros semejantes» (27). Así, la *Historia de la teoría de la literatura I* buscaba articular «significantes-ideas», en lugar de ordenar y presentar datos y autores.

Cuatro años después ve la luz este segundo volumen titulado *El siglo XX hasta los años 70*, que conecta con el programa apuntado en la primera parte, mientras introduce algunas variantes, porque «cada proyecto tiene su propia lógica, exige unas estrategias distintas» (27), o lo que es lo mismo: cada acto de escritura tiene su propia *historia*. Así, Manuel Asensi se ha «propuesto hacer algo que no he encontrado en las historias que

*Rlit*, LXVI, 131 (2004), 223-311

conozco. Lo siguiente: situar las condiciones y los presupuestos para que el lector comprenda qué es la teoría de la literatura del siglo xx. Entiendo que no basta con exponer lo dicho por las diferentes escuelas, autores y movimientos, sino que es necesario poner de relieve sus presupuestos históricos, epistemológicos y artísticos». (27). Tras esta propuesta se encuentra un interés no sólo «epistemológico», sino también pedagógico: «los años de experiencia académica me han enseñado que el alumno universitario agradece y necesita ese conjunto de complejos conocimientos filosóficos, lingüísticos, filológicos, políticos, literarios, para poder apasionarse por la teoría de la literatura» (28), porque para Asensi no tiene ningún sentido enseñar teoría literaria si no se logra «apasionar». Como dice Paul de Man: «toda investigación tiene que ser, por principio, eminentemente enseñable» (*La resistencia a la teoría*, Madrid, Visor, 1990, p. 12).

Desde aquí, esta *Historia* será, por tanto, no sólo un lugar de revisión para el especialista, que encontrará reformuladas con originalidad tesis que ya sentía manidas, mientras descubre abundantes detalles y matices que quizá olvidó; sino también de iniciación para el estudiante, pues admite diversos niveles de lectura, al tiempo que se convierte también en una invitación a leer, eso sí, desde las premisas nietzscheanas.

Pero todavía hay más, porque en todos los capítulos se ilustran las distintas teorías y los conceptos que activan con abundantes ejemplos, extraídos de literaturas próximas a nosotros: las greguerías de Gómez de la Serna, el *Quijote*, Proust y Mann, la *Regenta*... «En este sentido, se puede decir que este libro no es sólo una historia de la teoría de la literatura que exponga los presupuestos que la vuelven comprensible, sino también una historia de la teoría aplicada a textos y ejemplos literarios concretos» (28). Ma-

nuel Asensi parece haberlo leído todo y haberlo visto todo, ya que también son numerosos los ejemplos cinematográficos. Pese a que esta *Historia de la teoría literaria* no se quiere exhaustiva, logra en numerosas ocasiones alcanzar dimensiones enciclopédicas.

Además, cada uno de los capítulos va acompañado de una extensa bibliografía, que recoge materiales clave hallados por el autor en sus estancias en universidades americanas, y cuya lectura aporta datos esclarecedores sobre determinados momentos de la historia de la teoría literaria en el siglo xx. Por otro lado, si este ensayo se detiene en la frontera de los años 70, esto no obedece a una supuesta diferencia entre un período estructural y postestructural, que el autor no comparte, sino simplemente a razones económicas, que llevan a Asensi a prometer una tercera parte.

Desde aquí, el libro queda dividido en un pequeño prólogo, donde se expone el programa de lectura y escritura que hemos venido anticipando, una introducción, dedicada a «La teoría literaria vanguardista y el surgimiento de la teoría literaria» y diez capítulos: «La teoría literaria de la vanguardia rusa», «La teoría literaria de la Escuela de Praga», «La teoría literaria en los EEUU durante el período de 1900-1950», «Las estilísticas», «Poéticas lingüísticas (el desarrollo del estructuralismo)», «La teoría literaria en Francia entre 1940 y 1970. La culminación del estructuralismo», «La teoría literaria marxista a lo largo de la historia», «Psicoanálisis y literatura», «La semiótica literaria» y «Heidegger, hermenéutica ontológica y estética de la recepción», todos ellos a su vez subdivididos en multitud de epígrafes.

Ahora, como me resulta imposible reflejar en esta reseña siquiera una pequeña parte de todo aquello que el libro recoge, decido abrirlo al azar, y encuentro la siguiente explicación en «El generati-

vismo en teoría literaria»: «Puedo explicar, sin duda, las transformaciones que desde la estructura profunda me llevan en la superficial a expresar una frase del tipo «mi mamá me mima» (FN+FV), pero ya no lo tendré tan claro si la oración dice «era un pastor tan sordo/tan sordo/ que tenía un rebaño/de orejas» (Gloria Fuertes), o peor aún «Las lluvias de colores/emigraban al país de los amores» (Gerardo Diego). Chomsky califica estas dos últimas oraciones de aberrantes. Y sucede que el tipo frástico aberrante suele darse en determinada clase de textos literarios, como él mismo reconoce» (277).

Vuelvo a abrirlo y descubro una ilustración incisiva de la noción de «discurso ajeno» acuñada por la teoría literaria marxista: «Si yo digo que el presidente Aznar comentó que uno de los libros que más le había gustado en este año 2002 que acaba era mi *Historia de la teoría literaria*, vol.I, me encuentro ante lo siguiente: mi discurso (el que enuncia Manuel Asensi) incluye, cita, se apropia de, un discurso enunciado por otro (Aznar), el cual a su vez realiza un comentario sobre un texto escrito por otro (Manuel Asensi). Tanto en el primer caso como en el segundo tenemos que un discurso engloba, de una manera u otra, otro discurso. Se trata del fenómeno de 'discurso ajeno'» (463).

En el tercer intento averiguo que es posible comprender mejor «El Edipo, el falo y el padre» recurriendo a canciones de Alejandro Sanz: «Nótese que el falo como significante siempre está vacío, tras él no hay nada, y es el hecho de que esté vacío lo que inaugura la mecánica del deseo en el sujeto: como el falo es siempre un significante vacío, trata de rellenarse siempre con otro significante que, por supuesto, estará igualmente vacío... Pasa algo parecido en el amor, es lo que le pasa a Alejandro Sanz cuando canta eso de que Ella aparece y vuelve a desa-

parecer bajo otro cuerpo y otra voz. En cuanto cree haberla apresado, pasa un tiempo y ya no está, es otra la que ocupa su lugar, perfecta descripción de la dinámica del deseo (magníficamente descrita por Hardy y Proust)» (587), pequeño botón de muestra. No olvidemos que son muy pocos los libros que se prestan a ser leídos de este modo.

Dice Augusto Roa Bastos que «ninguna historia tiene principio ni fin y todas tienen tantos significados como lectores haya» (en *Vigilia del almirante*), yo añadiría o malearía: las buenas historias tienen tantos significados que un mismo lector jamás agota su lectura. Hasta aquí esta breve invitación.

BEATRIZ FERRÚS ANTÓN

*RHYTHMICA. Revista Española de métrica comparada*, Departamento de Lengua Española, Lingüística y Teoría de la Literatura, Universidad de Sevilla, Año 1, n.º 1, 2003, 365 pp.

La aparición de una revista dedicada en exclusiva a la métrica, esa disciplina tantas veces desatendida, constituye un motivo de satisfacción y una absoluta novedad en España y posiblemente en el mundo, pues escasean las publicaciones dedicadas en exclusiva a esta materia, hasta el punto de que, si existe alguna actualmente en circulación, su repercusión es mínima en el ámbito internacional. La aparición de *Rhythmica* viene a llenar ese vacío y lo hace desde una perspectiva comparatística, que es, creo, su terreno natural. Los codirectores son dos de las figuras más destacadas de los estudios métricos en nuestro país: José Domínguez Caparrós (autor de una difundísima *Métrica Española* y cuya publicación más reciente al respecto es una necesaria *Métrica de Cervantes*, Centro de